

Y cuando yo repetía á otros amigos las tristes noticias comunicadas por Valle Inclán y Machado, ellos callaban también, con la elocuencia del silencio ante lo irremediable.

NILO FABRA.

HOMENAJE

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Hermano, ¡cuántas noches tu espíritu y el mío,
unidos para el vuelo cual dos alas ansiosas,
sondar quisieron ávidos el Enigma sombrío,
más allá de los astros y de las nebulosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

¡Cuántos años intensos junto al Sena vivimos,
engarzando en el oro de un común ideal,
los versos juveniles, que, á veces, brotar vimos
como brotan dos rosas á un tiempo, en un rosall

Hoy, ya tu vida, inquieta cual torrente bravío,
en el Piélago arcano desembocó; ya posas
las plantas errabundas en el islote frío
que pintó Böcklin... ¡ya sabes todas las cosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Mis ondas, rezagadas van de las tuyas; pero
pronto, en ese insondable y eterno mar, del Todo,
se saciará mi espíritu de lo que saber quiero:
del Cómo y del Porqué, de la Esencia y del Modo.

Y tú, cual en Lutecia las tardes misteriosas
en que pensamos juntos, á la margen del río
lírico, habrás de guiarme... ¡Yo iré donde tú osas,
para robar entrambos al musical vacío
y al coro de los orbes, sus claves portentosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

AMADO NERVO

UN RECUERDO

Conocí al gran poeta en ocasión de su último viaje á Madrid, aquel viaje en que él, embajador de la poesía, vino también como embajador de su país.

Y no eran ya los tiempos de la admiración ciega, cuando hablábamos de él con la misma reverencia que de D'Annunzio... Las garras del periodismo pesaban sobre mis hombros, y un aire demasiado frío había disipado la primera embriaguez lírica. Y yo era ya una sombra evadida de los cenáculos literarios.

Un poeta colombiano, Alfredo Gómez Jaime, que me retrató por aquel tiempo en su prosa pulquerrima, "vestido de

negro, pálido y sonriente", y á quien debo esta imagen inapreciable de mi yo pretérito, se empeñó en presentarme á Rubén Darío, á quien él, como americano y como poeta, se sentía ligado por un doble vínculo de espiritual servidumbre. En vísperas de aquel viaje á Madrid, Rubén había sufrido un ataque cerebral, que repercutió dolorosamente en los dos hemisferios del cerebro del mundo; á propósito de ello había yo escrito unas condolidas líneas, y sentía ahora un místico interés en ir á verle, no como á un maestro, sino sencillamente como á un hombre que ha visto al ángel de la muerte.

Alojábase el poeta en el Hotel de París. Y allí, en el crepúsculo, en una parca estancia de hotel, en la que brillaban ya las luces artificiales, y había armarios de luna con las alas abiertas y un desorden de ropas que recordaba los camerinos de los artistas á la hora de la desbandada, me fué presentado por Gómez Jaime, el

cantor de los cisnes. En la estancia, ocupada por amigos y familiares, el maestro, que terminaba su tocado para asistir á una recepción, iba y venía, silencioso, cansado, y era como una tiniebla de la noche parisina más acre y cargada de ajenjo profano y bíblico. Recostado sobre el mármol de la chimenea, nos habló con voz cansada de su obra, de sus proyectos. Estaba escribiendo por entonces un poema fuerte y simbólico, con velos de ultratumba, "á la manera de Omar Jayan". Hablaba y parecía que el poema aún nonnato, la belleza soñada y aun claustral, le abombaba la frente. Gómez Jaime le contemplaba con un orgullo americano, como á una grandeza de su país. Se adivinaba que sentía: "¡es nuestro, nuestro!"

Yo le miraba estático, y ante aquella alta y recia figura, encorvada por las melancolías del amor y del arte, ante aquel rostro moreno de indio bravo, contraído por un rictus de final desengaño, evoca-

ba la parábola de una exótica selva virgen, devastada por el envenenado hálito europeo. Y pensaba: "éste es el indio bravo que ha echado el lazo á todas las quimeras", y también: "éste es el hombre que ha visto á la muerte". Y me sentía temblar de humana simpatía.

Era la hora en que el poeta debía salir, y salimos con él. En la puerta nos despedimos. Durante el tiempo que habíamos permanecido en su compañía, apenas si había despegado mis labios. Buscamos en la presencia de los grandes hombres como el testimonio carnal de la obra de su espíritu, como la clave de su misterio íntimo, y bien pronto advertimos que la presencia es el mayor enigma. Y entonces nos reducimos á la contemplación silenciosa que se tiene para las estrellas. Desde aquella tarde ya sólo vi al poeta anónimamente, á través de las calles. Acompañábale casi siempre Manolo Machado, y llevaba siempre la misma cara de sueño y de cansancio. Y

aquel sueño, ¿era un deslumbramiento
de soles interiores ó era ya la ceguera en
los desiertos amarillos de la muerte?

Ahora, su efigie silenciosa esculpida
en basalto, según el designio de sus ami-
gos, expresará bien la bruma de melan-
colía que en los últimos tiempos tornó
negras las blancas alas de sus cisnes y
puso—necesario remate—un magnífico
velo nocturno sobre la riqueza auroral
de su obra y un silencio divino sobre
todos sus cantos...

R. CANSINOS-ASSENS

LA VUELTA DEL CÓNDOR

I

Poeta de los Andes, en tu anhelo,
como un enorme cóndor pensativo,
triste mirabas el zafir del cielo,
desde la cima del peñón nativo.

Cual si quisieras desgarrar el velo
—tu carne ardía como mármol vivo—,
armónico y audaz, tendiste el vuelo
y, como el cóndor, te alejaste altivo.

Llenas de sol y ebrias de azul las alas,
á través del Atlántico sonoro,
llegas solemne ante el altar de Palas.

La diosa, con amor, besa tu frente,
y en tu gran corazón, urna de oro,
cesa ya de rugir un Continente...

II

Pan te presta la flauta en la espesura,
y es cada verso que tu amor burila,
un diamante que tiembla y que fulgura,
como gota de llanto en la pupila.

Tu Musa fuerte y, como fuerte, pura,
gana el heleno Parthenón tranquila,
en rojo cáliz el champaña apura,
copos de lumbre con los astros hila.

Con el Dios-hombre su dolor hermana,
con Dionysos su canto desenfrena,
con el laurel de Apolo se engalana,

con el viejo tritón lucha en la arena...
¡Así tu Musa, para orar cristiana,
y para el goce y para el canto helenal

III

Con el laurel y con el verde olivo,
glorioso, sí, pero sin un anhelo,
volviste hacia los Andes pensativo,
cóndor-cantor, acostumbrado al vuelo.

Y allí, á la gloria y al amor esquivo,
te contemplaste á solas con tu duelo,
sobre la cima del peñón nativo,
bajo la comba de zafir del cielo.

Para encerrar tus restos dignamente,
megalómano audaz, hiciste fosa
toda la magnitud de un Continente...

¡Vivir supiste y explorar lo arcano,
y morir con el alma silenciosa,
como un antiguo semidiós pagano!

ALFONSO CAMÍN

EL LÍRICO DE LA RAZA LATINA

¿Ha leído usted?... ¡Pobre Rubén!

Don Ramón del Valle Inclán me daba
la noticia funesta, enrojecidos por el
llanto los ojos brujos.

—¡Es horrible! ¿Con quién comentaré
ahora mi *Lámpara maravillosa*? Rubén
hubiera tomado su whisky, yo mi píldora
de cáñamo índico, y nos hubiéramos in-
ternado en el misterio. Él era un hom-
bre que estaba en contacto con lo miste-
rioso.

Y mientras así decía el maestro de las
Sonatas, unas lágrimas brillaron en los
cristales de sus quevedos, y la ambigüe-

dad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, é hiperestésico y sensual, amaba "la celeste carne de la mujer", y aunque se moría un poquito en todos los tramontos, volvía á nacer, renovado, en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico á una futura perfección de la inteligencia, que hiciese más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el inútil dolor de los recuerdos. Y había cantado á esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

«LO FATAL

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido, y un futuro terror...
Y e espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida, y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!»

La amargura de esta filosofía, que buceaba en los misterios del no ser ó del ser eterno; el tedio inenarrable, tan propio de las almas bien nacidas, y la tortura de sus nervios, siempre en tensión por su excesiva sensibilidad, lleváronle á buscar el bien supremo del olvido en el placer intenso y rápido de los amores

fáciles, y en las alucinaciones del amarillo brebaje de los viajeros, de la pócima verde y lunar de Verlaine y del oro líquido é hirviente de la viuda Cliqcot.

Más de una vez, en el París galante ó en el Buenos Aires cosmopolita, durante el alba que seguía á las noches de sensualidad, el pobre poeta, brumoso de *spleen* y luminoso de aurora, ebrio del amor de las peripatéticas y de whisky, de ajeno y de champaña, abatíase en un diván profundo como su pena, y me hablaba de la muerte.

—Felipe—decíame, mientras acariciaba las solapas de su *smocking*—revela á la posteridad que el poeta se muere y que el poeta vestía de seda.

¡Pobre Rubén! Era ingenuo como un niño y sensible como una mujer; como las mujeres y como los niños solía parecer cruel, y, poeta, era también de una sencillez pueril y de una femenina complicación pecadora. Pero era poeta y supo escurrir la última gota de las pala-

bras, que son vasos preciosos y exquisitos, según San Agustín. Su arte tuvo la firmeza, la brillantez, el calor, la profundidad, la blancura, el aroma, la serenidad, la unción y la armonía del sol, del mármol, del mar, de los cisnes, de la luna, del cielo azul, de la pradera verde, de las rosas y de las formas de mujer. Provisto de las gafas de Quirón, el centauro omnisciente, metióse en el laberinto de todas las escuelas; fué Verlaine, antes y después de Rimbaud; fué griego con Jean Moreas; fué ciclópeo con el abuelo Hugo; fué carnavalesco y lunar con Banville; tuvo la sensualidad triste de Mallarmè y el luciferismo de Baudelaire; amó á las buenas mozas y el *bon vino* del arcipreste y de Berceo; fué místico con Santa Teresa, horaciano con Garcilaso; bucólico con el marqués de Santillana; cívico y pagano con Carducci; melancólico con Heine; inquieto con Goethe; fastuoso con D'Annunzio; frondoso con Rudyard Kipling; cerebral y

cósmico con Whiman, y así como su carne y sus huesos de errante viajaron por todos los países, así su alma viajó por los estros de todos los poetas; pero su personalidad limpia, originalísima y sincera, supo "tocar su flauta para los habitantes de su reino interior, y su hermano, el ruseñor, quedó contento de su melodía".

Porque en España, desde los buenos tiempos de D. Luis de Gongora y Argote, abuelo espiritual de Rubén, no surgiera el poeta cortesano y amable, porque la sonoridad quintanesca y vacía de mediados del siglo XIX había roto la serenidad de la forma y carecía de novedad en las sensaciones, Rubén Darío, asqueado del presente prosaico, creyendo demasiado incierto el futuro para darle forma plástica, fué á buscar en el pasado sus motivos poéticos, y tras sus evocaciones griegas y francesas del siglo XVIII — la Francia helénica del Triánón — apareció con su espíritu heleni-

zado y suave, enamorado de la belleza y de la frivolidad galante, como un pagano y como un abate madrigalista. Después... el buen hexámetro griego un tiempo, latino posteriormente con Virgilio divino, halló morada española en *La Salutación del Optimista*, y el matiz, la *nuance*, que nosotros no teníamos, los pirriquios, los trocaicos y los yámbicos, que libertaron al ritmo un tiempo apresado en las férrreas hebillas de los acentos de la métrica al uso — revivieron el verso momificado, tornáronle ágil, sinuoso y ondulante como una cinta, y por la pluralidad y la fuerza de las sensaciones, por la milagrosa sabiduría de las evocaciones y recreaciones mitológicas y arqueológicas, sin encerrarse en el simbolismo, ni en el decadentismo, ni en el mallarmismo, ni en el ruskinismo, sin ponerse libre de lacayo, halló hasta el modo de poetizar — merced al hondo enlace de las relaciones lejanas — el tráfigo prosaico de la vida contemporánea y mer-

cantil en su *Canto á la Argentina*, y en las postrimerías, tras de saludar nuevamente á su amiga la Primavera en su segunda composición á Madame Lugones, "porque el arte es eterno y Apolo es inmortal", lloró con místico renunciamiento todas las melancolías de su carne harta, en su edificante oración *En la Cartuja!*

¡Ha muerto el primer lírico de la raza latina! Ya no le veré más á la puerta de las tabernas parisinas, esperar su tedio bajo la fronda del bulevard y soñar con Grecia mientras chupaba la miel que siempre llevara en un bote de latón en un bolsillo de su americana, acaso porque todo un enjambre de áticas abejas había reencarnado en el cuerpo rijoso y ultrasensible de aquel indio chorotega que tenía manos de marqués.

Lírico hortelano de los huertos de América hizo un injerto precioso en los huertos de España, y el caudaloso río de su numen trajo aguas de renovación

al mar inmenso de la poesía castellana.

En las erguidas ceibas de los bosques nicaragüenses han enmudecido sisontes y turpiales, y los ruiseñores de España están llorando la muerte de su hermano mayor.

Sobre el pedestal que han formado las piedras innúmeras conque le lapidaron beocios y filisteos — callados para siempre por respeto á la Pálida —, se levanta, en el cielo ya, la gloria del poeta; yo, pobre escritor obscuro, que aprendí, como todos los modernos, á tocar con un dedo, unas notas en el clave maravilloso de su idioma, le envió por las olas y en el viento, tal la Margarita de su cuento rimado, una lágrima, la de mi admiración, la de mi gratitud, la de mi afecto, la de mi razón de ser, que ha de evaporarse sobre la tumba donde yace la efímera vestidura de aquella grande alma eterna bajo el sol ardiente de su Nicaragua natal.

FELIPE SASSONE.